

Detrás de las paredes

Autobiografía de una docente universitaria en pandemia¹



Erica G. Gunther*

Resumen

El artículo presenta reflexiones en torno al ejercicio de la docencia universitaria en el contexto de la pandemia provocada por el virus COVID-19. La mirada se establece a partir de la experiencia vivida en una de las cátedras de la materia Psicología Institucional, de la carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Frente a la irrupción de este acontecimiento inesperado, la institución “facultad” debió comenzar a reinventarse, sostenerse e imaginarse prescindiendo de uno de sus elementos constitutivos: el espacio físico. La indiferenciación entre lo laboral y lo doméstico, la individualización de las responsabilidades, la sobrecarga en la tarea docente, el desajuste de las propuestas pedagógicas y las dificultades para la construcción de lazos son algunos de los elementos que se hicieron evidentes.

¹ El título y los subtítulos de este artículo hacen referencia a la canción “Rasguña las piedras”, escrita por Charly García. Esta fue grabada por primera vez por el dúo Sui Generis en 1973, como parte del álbum *Confesiones de invierno*.

* Erica G. Gunther: Licenciada en Trabajo Social (UBA). Profesora de Enseñanza Media y Superior en Trabajo Social (UBA). Maestranda en Docencia Universitaria (UBA). Jefa de Trabajos Prácticos de la materia Psicología Institucional de la cátedra Bianco Dubini (ex Acevedo/Ferrarós) en la carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA

Desde un relato autobiográfico, las marcas del territorio de la facultad en la propia historia –vital y formativa– sirven como espejo que conduce al planteo de preguntas que aún no tienen ni tendrán respuesta.

Palabras clave

docencia universitaria - pandemia - espacio físico

Escarbo hasta abrazarte

Me cuesta creerlo, pero una vez tuve 17 años. Alguna que otra foto de la época completa las lagunas que nublan mi memoria. Fotos salidas de esos rollos que portaban tesoros a ser descubiertos en las casas de revelado. Carísimas, pocas, puntuales, concisas. Tomadas por casualidad en algún evento u ocasión especial que lo ameritara. Sin posibilidades de corregir un rostro mal enfocado, una mueca extraña, un movimiento brusco. Con la imperfección de lo real registrada para siempre.

Corría el año 1995 y yo estaba terminando mi 5° año del secundario. Iba a la misma escuela –privada, alemana, cooperativa, familiar, heterogénea, céntrica, cosmopolita– desde sala de cuatro años. Me encantaba estudiar y era muy buena alumna. Era querida por mis compañerxs y tenía muchxs amigxs. Mis hermanxs y mi padre también se habían educado allí. Está claro que yo no había tenido participación alguna en la elección de esta institución, pero a pesar de eso, la amaba profundamente. Aún lo hago.

Cuentan que mi familia había vivido mejores épocas. Lo cierto es que al ser la menor de lxs cuatro, yo no llegué a conocerlas. Solo presencié y fui parte del declive. Cada crisis político-económica transitada había ido minando todo alrededor. Al promediar los noventa, nos aferrábamos sin éxito a nuestra condición de clase media más que pauperizada dando manotazos de ahogado. Aún con lo difícil que se hacía pagar una cuota que no era particularmente onerosa, la escuela me daba la contención y la seguridad que el resto del mundo no me ofrecía.

El solo pensar que pronto tendría que tomar otros rumbos me aterraba. No me imaginaba una vida por fuera de lo escolar. Sumado a que de ahí en adelante me tocaría a mí misma decidir mi propio destino. Qué vértigo. Para entonces, yo tenía algunas certezas y muchas dudas con respecto al futuro. Me interesaba el periodismo, la educación, el trabajo social. Quedaba poco tiempo para decidirme y no sabía cuál de todos los caminos debía tomar. Los cursos de orientación vocacional ratificaban mis intereses con empates totales entre todas las opciones. El contexto no ayudaba. Me sentía en una encrucijada y no sabía muy bien qué hacer.

Hasta que no recuerdo cómo ni por qué, junto con una amiga nos anotamos en un curso de Producción Radial organizado desde la Secretaría de Extensión de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de

la Universidad de Buenos Aires (UBA). Para completar los trámites de inscripción tenía que dirigirme al 5° piso de la sede de M. T. de Alvear y Uriburu –la única existente en aquella época, conocida en la jerga como “MarceloT”–. Así que una tarde a la salida de la escuela fui hasta allí, tratando de disimular mi ridículo uniforme adolescente. Había pasado miles de veces por la esquina, pero nunca antes había ingresado. Al atravesar por primera vez el hall de entrada, sucedió una suerte de epifanía acompañada de muchas cosquillas en la panza. Mi voz interna, con certeza, me dijo: “todavía no sabés qué, pero vos vas a estudiar acá”. Tenía razón.

Dicen que el amor a primera vista –o el enamoramiento, en realidad– es así. Idealiza. Niega. Enceguece. Y yo me enamoré al instante. Tanto que hasta me parecía lindo ese edificio ruinoso, peligroso y hediondo. Lo sentía mágico. Entre sus escaleras siempre atestadas de gente, sus aulas sin sillas, su acústica imposible, su niebla de cigarrillo, su Bar del Sur, sus ascensores para temerarixs y sus baños sin agua ni puertas fueron transcurriendo los primeros años del resto de mi vida. Riéndome y llorando –casi siempre al mismo tiempo como nunca antes. Con total intensidad, con sueños, con temores, con todo por delante. Forjando vínculos, amistades y experiencias que me ayudaron a construirme en lo bueno y en lo malo que hoy soy. Disfrutando. Creciendo. Aprendiendo. Viviendo.

Apoyo mis espaldas

Para el año 2000 yo ya era una joven estudiante de Trabajo Social que entre muchos obstáculos –económicos, familiares, personales– transitaba con esfuerzo y muy buen desempeño la primera mitad de su carrera universitaria. Ya había dejado de extrañar a mi escuela. Trabajaba y estudiaba, con el enorme peso de saber que de mis ingresos no solo dependía mi continuidad académica, sino también parte de la manutención de mi familia. Estaba muy cansada y todo se me hacía cuesta arriba.

En otra de esas pequeñas decisiones que cambian el rumbo de tu vida entera a puro efecto mariposa, por recomendación de un compañero me inscribí en una de las dos cátedras que dictaban Psicología Institucional. Teníamos clase en un aula helada cuyas paredes estaban cubiertas de azulejos, al igual que buena parte de los pasillos y zonas comunes. Mi curiosidad característica me llevó a indagar un poco más acerca de ese lugar tan raro. Así descubrí que MarceloT era en realidad un edificio prestado. Pertenecía a la Facultad de Medicina de la UBA y ahí había funcionado alguna vez la Maternidad Pedro Pardo. El aula que ocupábamos había sido uno de sus quirófanos. A pesar del frío y la incomodidad, hice nuevas amigas y realmente disfruté la cursada.

Me había recibido de maestra de nivel primario hacía un tiempito y de a poco iba dando pasos más seguros en ese campo. Con mis dudas vocacionales todavía presentes, de alguna manera ya había empezado a sentir que la docencia iba a ser parte de mí por siempre. Así lo intuyó también el ayudante de cátedra de la materia, quien al terminar el cuatrimestre me invitó a sumarme al equipo. Algo vio. Honrada, asustada, entusiasmada e inconsciente por igual, acepté esa propuesta que inició al año siguiente.

La historia quiso que mis primeros pasos como docente en el aula de una universidad se dieran en medio del caos del 2001. En casa la crisis nos había pegado fuerte y terminó de ganarnos por knock out. Arrasó con lo poco que quedaba. Recuerdo con mucho dolor y angustia todo ese período. En un breve lapso de tiempo se desmoronó mi país, mi trabajo, mi familia, mi vivienda. De pronto me encontré prácticamente sin nada: sin dinero, sin recursos, sin proyecto. Me habían movido el piso y no sabía cómo hacer para volver a pararme.

Siempre sentiré gratitud por mi hermana. Ella ya había librado sus propias batallas para recibirse de médica. En medio de ese escenario general tan desolador, frente a mi desánimo me prohibió abandonar mis estudios. Sabía y firmemente sentenció: “sobre mi cadáver dejás la facultad”. Y cuánta razón tenía, porque la facultad era lo poco –casi lo único– que aún era capaz de sostenerme. Ella estaba allí, firme y humilde, con sus brazos y sus puertas siempre sucias, pero siempre abiertas. El lugar amigable al que ir a buscar refugio, sembrar amistades, encontrar y encontrarse, construir sentidos, entender el contexto, tejer alguna esperanza.

Dentro de la facultad, ese pequeño grupo de gente comandado por el Lic. Ferrarós di Stefano y por la Lic. Acevedo, de a poco empezó a transformarse en “mi” cátedra. Cátedra que con su inmensa generosidad me alojó, me abrazó y me formó desde entonces.

Por fin veo tus ojos

Lo pintoresco de ese edificio –y de la mística que lo acompañará hasta el fin de los tiempos– no eran suficientes para albergar a tantas personas en mínimas condiciones de seguridad. Situación que se había agravado frente a una enorme explosión en la matrícula. En aquella época teníamos que esforzarnos por llegar temprano a clases para tener lugar en las aulas. Sentarse en una silla era todo un privilegio. Transitar por las escaleras en hora pico requería de mucha paciencia. Ir al baño de mujeres parecía un deporte de riesgo. Todxs palpábamos la posibilidad de una tragedia inminente.

Entonces comenzó un larguísimo peregrinaje por distintos espacios. Primero, aulas prestadas en la Facultad de Medicina y en el Ciclo Básico Común (CBC) de la calle Uruburu.² Después, media facultad trasladada a una nueva sede transitoria en Parque Centenario. Más tarde, otra mitad a una escuela alquilada en la zona del Abasto. Entre tanto, bares, veredas, bibliotecas, halls, pasillos y hasta la casa de algún docente servían para encontrarnos, mirarnos a los ojos, tomarnos unos mates y tratar de enseñar y aprender. Sociales era así y ahí radicaba su particular encanto.

² El Ciclo Básico Común (CBC) es el primer año de todas las carreras que componen la oferta de la Universidad de Buenos Aires desde 1985. En casi todos los casos consta de seis materias, de las cuales dos son comunes a todas las carreras. Se desarrolla en distintas sedes y no tiene dependencia respecto de las facultades. Puede combinarse con una modalidad a distancia llamada UBA XXI.

La pelea por el edificio único fue tomando fuerza, hasta que se convirtió en un hecho. Un logro. Una conquista. Lentamente, la ex fábrica de Terrabusi ubicada en el barrio de Constitución comenzó su ansiada metamorfosis. Al igual que la vieja maternidad, este espacio tampoco fue pensado en sus orígenes para albergar a una facultad –aunque sí fue planificada una remodelación acorde a los nuevos fines–. No recuerdo bien las razones, pero a lxs de Trabajo Social nos tocó inaugurar esta sede, ahora sí, definitiva. Empezamos a habitarla por etapas mientras seguía en obra. La mudanza de la totalidad de las carreras fue compleja, conflictiva y llevó años. El barrio de a poco se fue poblando de negocios afines: kioscos, bares, centros de copiado, librerías. Movimiento universitario. Pese a lo difícil que fue el proceso, es innegable que este edificio –a pesar de sus enormes deficiencias– ofrece una dignidad que el anterior no brindaba. No enamora como MarceloT, pero cumple mejor su función.

Entre estos cambios de sedes, el tiempo y la vida fueron pasando. Me recibí y empecé a ejercer mi profesión en distintas instituciones. Al interior de la cátedra, aquellxs docentes a lxs que al principio me dirigía con respetuosa solemnidad, se fueron transformando en colegas y amigxs. Nos fuimos acompañando en cada hito vital: graduaciones, amores, viajes, matrimonios, nacimientos, trabajos, desilusiones, divorcios, mudanzas, duelos, proyectos. Con diferencias, como en cualquier grupo humano. Pero juntxs. Crecimos como grupo, como personas, como profesionales, como docentes.

Hace unos pocos años empezó un proceso inevitable, de esos que se vislumbran, pero igual duelen. Si bien sabíamos que algún día iba a llegar, aún lo veíamos en lo lejano del horizonte. Hasta que finalmente sucedió: nuestrxs titulares de cátedra comenzaron a jubilarse. Transitamos esta etapa que finalizaría en traspaso con una mezcla de emociones contradictorias. Alegría y tristeza. Libertad y orfandad. Valentía y miedo. Comienzo y cierre. A fines del año 2019, tomamos en equipo el compromiso de cuidar lo logrado, de seguir creando, de seguir formando, de seguir creciendo. El vértigo y la emoción por el futuro otra vez se hicieron presentes.

Escucho tus palabras

El año 2020 empezó con todos estos cambios ya consumados y con las sensaciones de extrañeza muy presentes. Veinte años después, aquel ayudante de los inicios asumía como Profesor Adjunto a cargo de la materia, mientras yo estrenaba mi nuevo rol como Jefa de Trabajos Prácticos. Me sentía como cuando me mudé sola por primera vez. La primera noche me asustaban los ruidos desconocidos, la soledad tan anhelada, el silencio absoluto. Tantas posibilidades me emocionaban, pero me abrumaban, no sabía cómo aprehenderlas. Cómo disfrutar de mi reluciente adultez. Cómo hacerme cargo de todo lo que había cosechado. Cómo dar los siguientes pasos. Para esta nueva etapa de la cátedra pensamos ideas, proyectos, propuestas. Pequeños cambios que respetaban a nuestrxs mentorxs pero, a la vez, daban lugar al despliegue de nuestra propia impronta. Con entusiasmo, con expectativas, con ganas de hacer. Animándonos a aprovechar la maduración lograda a lo largo de los años.

Con mi marido estábamos por irnos de vacaciones a San Martín de los Andes cuando llegó la noticia del primer caso de COVID-19 en Argentina. Las dramáticas imágenes de Italia y España estaban circulando hacía unos días. Ya estando allá, nos enteramos del primer fallecido en un hospital público de la CABA. Fue un baldazo de agua helada. Teníamos la certeza de que algo terrible, aunque de dimensiones desconocidas, estaba por comenzar. Compartimos una ronda de mate con amigxs sin saber que quizás nunca más podríamos hacer algo que para todxs nosotrxs era tan normal, vital y habitual. Dimos nuestros últimos abrazos y volvimos muy asustadxs a casa porque pronto debíamos retornar a trabajar.

Días después de la vuelta, tenía agendada la reunión de inicio de cuatrimestre que la Dirección de la Carrera de Trabajo Social realiza todos los años. Todavía no existían las indicaciones referidas al distanciamiento social ni al uso de barbijos. Nos juntamos unas cincuenta personas en un aula, compartiendo las inquietudes propias de ese momento tan complejo. Era un jueves por la tarde. Mientras todavía se mantenía cierta expectativa de arrancar el cuatrimestre con normalidad, una docente de gran trayectoria dijo en voz alta mientras miraba su teléfono: “me están avisando que cierran las fronteras en España”. El silencio se apoderó de la escena. Luego el murmullo, el desconcierto, el miedo.

Una semana después, comenzó el aislamiento social preventivo obligatorio (ASPO). En los 42 años que llevo en esta tierra atravesé dictaduras, guerras, alzamientos militares, hiperinflaciones, estados de sitio, devaluaciones, sucesivas renunciadas de presidentes y unas cuantas cosas más. De todas estas situaciones aprendí algo. No querría volver a pasar por ninguna, pero sabría qué hacer si ese fuera el escenario. Estoy preparada para casi todo. Me creo capaz de sobreponerme a casi todo. Mantengo la serenidad frente a casi todo. Pero pandemias no, pandemias no me habían tocado.

Repentinamente todo se volvió confuso y aterrador. No puedo negar que, en los primeros momentos, la preocupación por el bienestar de mi familia ocupaba todo mi interés. La facultad quedó por unos días en un segundo plano. Sobre todo, me atormentaba pensar en que no podría ver a mi mamá. Trabajo en la guardia de un hospital público en la CABA, razón por la cual había tomado la decisión de no visitarla hasta que fuera seguro. Y no tenía idea de qué ni cuándo algo de lo cotidiano iba a volver a ser “seguro”. En paralelo, se había activado en mí algún tipo de chip de supervivencia –seguramente transmitido por mis abuelxs a través de las generaciones–. Más de una vez trataba de aliviarme pensando en ellxs, en cómo habían sobrevivido a guerras mundiales, hambrunas, migraciones transoceánicas y desarraigos. El esfuerzo que hicieron por vivir y trascender me conmovía y me conmueve a diario. Sentía que debía honrarlx cuidando, respetando y defendiendo tanto mi vida como la de mis seres queridos. Les debía y les debo eso. Mi voz interna, otra vez, me dijo: “no te vas a morir de esto”. Yo elegí creerle. Traté y trato de hacerle caso.

Conectar con la cuestión académica requirió un esfuerzo extra al propio de cualquier inicio lectivo. Las máximas autoridades no colaboraron demasiado para que lxs docentes pudiéramos organizarnos tratando de mantener aunque sea un poco de calma y cordura. En especial al comienzo, poco aportaron por hacer las cosas más claras, más realistas, más sensatas, más previsibles dentro de la

incertidumbre. Recibimos, en cambio, una catarata de comunicados contradictorios, confusos y no acordes a la gravedad de la situación que cada vez se hacía más evidente. La Dirección de la carrera hizo lo posible por acompañar a las cátedras y estar disponible a consultas, en un marco institucional de poquísimos recursos en un contexto tan incierto.

Detrás de las paredes

La educación a distancia existe desde hace mucho tiempo, aún antes de la difusión masiva de las computadoras hogareñas. A través de otros recursos técnicos como cartas, discos, casetes, videos. Resulta una alternativa muy interesante, útil y valiosa siempre que los dispositivos y las estrategias de enseñanza están pensados para tal fin.

Demás está decir que este no fue el caso, ya que nosotrxs no nos dedicamos a la educación a distancia. La situación nos forzó a tener que adaptarnos para que la formación de grado pudiera tener continuidad a pesar de las circunstancias. Pasado el comprensible desconcierto inicial, la facultad nos invitó amablemente a la improvisación absoluta enviándonos un mensaje bastante difícil de decodificar: “hagan lo que puedan, pero garanticen la continuidad académica de lxs estudiantes”. ¿Cómo? “Como quieran”. ¿Con qué? “Con lo que tengan en sus casas”. Y así, con más errores que aciertos y con más dudas que certezas, como joven equipo a cargo hicimos lo que pudimos mientras también lidiábamos –y seguimos lidiando– con el terror, el dolor, las pérdidas y la incertidumbre.

El campus virtual de nuestra facultad funcionaba desde hacía algunos años y en líneas generales era subutilizado: lo usábamos pocas cátedras y solo a los fines de repositorio de bibliografía. No existían cursadas netamente virtuales, ni en la formación de grado ni en la de posgrado –como sí las hay ya hace tiempo en otras unidades académicas de la misma universidad o en otras universidades–. De un día para el otro, la demanda de aulas virtuales aumentó de manera extraordinaria, excediendo tanto la capacidad del soporte informático como la de lxs trabajadorxs no docentes encargados del área de sistemas. Lxs docentes que no sabían manejarlas debieron aprender a hacerlo o pedir ayuda para poder lograrlo. Las propuestas de las distintas materias debieron traducirse a un nuevo formato, debatiendo al interior de cada cátedra –sin demasiado sustento– cómo enseñar, cómo evaluar y cómo calificar en este marco. Todas las gestiones administrativas quedaron interrumpidas y debieron ir incorporándose al sistema SIU Guaraní (contacto inicial con estudiantes, bajada de actas, carga de notas y otras).

Fue necesario apelar a todos nuestros recursos personales (nuestras casas, nuestros dispositivos, nuestras conexiones de internet, nuestras cuentas de mail o Facebook) y ponerlos al servicio de la facultad. Cuando era estudiante la facultad era mi casa, ahora *mi casa es la facultad*. En lo particular, destiné una habitación vacía que años atrás había soñado para otros fines que quedaron truncos. Allí armé, de a poco, un lugar que quién sabe hasta cuándo seguirá siendo *mi aula*. Horas y horas escaneando textos, subiendo materiales, enviando mails, repensando estrategias de enseñanza,

buscando alternativas viables. Por suerte había renovado mi computadora a fines del 2019, pero fue imprescindible aumentar la velocidad del servicio de internet. Mis lumbares rogaron que me comprara una silla especial para poder resistir tantas horas sentada. La carga de trabajo –ahora, además, indisociado de la vida doméstica– se multiplicó por mil. La responsabilidad también. El sueldo, siempre magro, no.

Cada martes me encuentro sola frente a la pantalla, cruzando los dedos para que no se corte la energía eléctrica ni el wifi. Mi gato siempre cerca. Del otro lado, mis compañerxs. El teléfono a mano por si se presenta algún inconveniente técnico. Vivo en una zona semirural, así que la mayoría de las veces algo falla. La escena no tiene nada que envidiarle a Maxwell Smart y el jefe tratando de usar el cono del silencio.³ Lxs estudiantes poniendo la mejor de sus voluntades, comprendiendo nuestro esfuerzo, haciendo lo propio desde el lado que les toca. “Profe no se escucha”, “profe se cortó”, “profe se tildó”, “gracias profe”. Y todxs tratando de convencernos a nosotrxs mismxs de que eso que está sucediendo es “la facultad”. Prestándonos a armar esa fantasía colectiva que nos une, nos protege y nos sostiene.

Soy maestra de escuela, aunque ya no ejerza. Esa condición me atraviesa. Amo el aula, el bullicio, el pizarrón, las tizas, los intercambios, los rituales. No puedo evitar enseñar, es lo que me gusta hacer y no sé si soy buena haciendo otra cosa. Mis dos horas de práctico son (¿eran?) mi momento feliz de la semana. Lo extraño infinitamente. En las clases presenciales dedico mucha energía a tratar de generar un clima grupal agradable porque creo que eso impacta de manera positiva tanto en lxs estudiantes –que aprenden más y mejor– como en mí –que disfruto más de mi trabajo–. Me preocupo y me ocupo de que cada unx venga a clase con ganas, más allá de sus circunstancias particulares. Apenas llegan les hago mover las sillas para que estemos cerca, para que nos escuchemos, para que nos veamos las caras, para que podamos compartir el mate. Hago esfuerzos –ya sobrehumanos a mi edad– para aprender rápido sus nombres y algún detalle de la vida de cada unx. Asumo que la mayoría está cansadx, viene de trabajar, tiene un viaje largo para llegar a casa o cuenta los últimos pesos para comprar sus apuntes. Respeto ese esfuerzo. Trato de devolver y exigir lo mismo. Por ahora no encuentro el modo de replicar estas formas de trabajo a través de la pantalla. Me enoja, me desmotiva y me genera mucha frustración semana a semana. Hace que me resulte muy difícil encontrar sentido a lo que estoy haciendo.

3 El *Superagente 86* fue una serie de televisión estadounidense filmada en ese país entre 1965 y 1970, de gran éxito en nuestro país en los años ochenta. Parodiaba a las películas de espías, enfrentando en situaciones desopilantes a agentes de CONTROL –supuesta agencia secreta de EEUU– y de KAOS –su equivalente de la URSS–. El “cono del silencio” era un aparato que supuestamente garantizaba la seguridad de las comunicaciones ultrasecretas. Nunca funcionaba y por esto quienes lo usaban terminaban gritando para poder escucharse.

El objeto de enseñanza de nuestra materia justamente son las instituciones, a las que definimos desde distintas perspectivas y autorxs. Si bien existen diferencias teóricas, la mayoría de las visiones coinciden en destacar al espacio físico como un *elemento constitutivo*. En esta línea, una de las afirmaciones que más me gusta señala que

El espacio es dimensión propicia a lo instituido, a lo que está instalado. Un establecimiento, un Estado, necesitan lugar para desplegar sus funciones o sus poderes, un *territorio*. [...]

Lo que se da en llamar ahora “cultura computacional” nos acostumbró ya a procesos, juegos, intercambios que no tienen lugar en un lugar preciso, y así se acerca esta cultura a revelar, por mimesis, ciertas características de nuestro entendimiento y fantasía; en las que se sustentan también, en última instancia, las instituciones. Desde este espacio que no ocupa lugar, al que a modo laxo le decimos “mental”, rigen ellas unánimes como la hora oficial, pero también vacilan y se transforman.

De todas maneras, un enlace queda establecido, frecuente y sólido, entre estas regularidades jurídicas o consensuales que llamamos instituciones y configuraciones del espacio en un *hábitat* (Malfé, 1989: 89).

Siento que este que aquí esboza Malfé es el desafío más grande al que como docente me enfrentó la pandemia: tener que sostener la facultad desde ese *no-lugar*. Rearmar la institución sin territorio. Poner el cuerpo sin cuerpo. Fantasear el aula sin aula. Como cuando éramos chiquitxs y jugábamos en el patio a inventar: “¿dale que yo soy la profesora y ustedes son lxs alumnx y ustedes están en sus casas y yo en la mía y estamos en la facultad y estamos en clase?”. Y creíamos que era verdad.

Te ruego que respire

Hace unas pocas semanas, hicimos el ejercicio de preguntarles a nuestrxs estudiantes cuántos de ellxs conocían la facultad. Grande fue nuestra sorpresa al comprobar que dos tercios nunca había siquiera pisado el edificio. La gran mayoría realizó el CBC de manera virtual en el año 2020 e inició la carrera con esta modalidad también. Un estudiante dijo que había llegado a pasar por la puerta, otra contó que había podido conocerla en 2019 mientras terminaba 5° año, otrxs comentaron que habían ingresado a hacer un trámite. Desde entonces no puedo dejar de preguntarme qué será para ellxs “la facultad”. ¿La facultad es el aula virtual? ¿Es el SIU Guaraní? ¿Son nuestras caras deformadas a través de un Zoom? ¿Nuestras idas y vueltas de mails? ¿Cómo imaginará cada unx de ellxs a su facultad? ¿Qué necesitarán de ella? ¿Cómo la significarán? ¿Se sentirán alojadxs, contenidxs, recibidxs? ¿Cómo harán para sentirse parte? ¿Cómo armarán sus lazos con otrxs? ¿Podrán llegar a amarla como la amé yo?

Escuchar estos relatos me conmovió enormemente y me hizo pensar mucho en mi propio vínculo con Sociales. En cómo las cosquillas en la panza fueron una certeza que me condujo hasta donde estoy. En cómo formar parte de ese *hábitat* a la edad que tienen la mayoría de ellxs fue determinante en el curso de mi historia y de mi vida. En cómo entre esas paredes me fui convirtiendo en la mujer, en la profesional y en la docente que hoy soy. En cómo casi todos mis vínculos actuales están indefectiblemente asociados a mi paso por la facultad. En cómo ella me formó y me transformó. En cómo nada de esto hubiese sido posible sin *estar ahí*.

Bibliografía

Malfé, R. (1989). Espacio institucional. *Revista Argentina de Psicología*, 39), 89-92.